

BENEGAS LOYO, Diego. ““Aquí vivió y fue secuestrado”: Afecto y política en las baldosas de la memoria de Buenos Aires, Argentina”. *RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 15, n. 43, p. 24-39, abril de 2016. ISSN: 1676-8965.

ARTIGO

<http://www.cchla.ufpb.br/rbse/Index.html>

“Aquí vivió y fue secuestrado”

Afecto y política en las baldosas de la memoria de Buenos Aires, Argentina

“Aqui viveu e foi sequestrado”. Afeto e política nos pisos (calçadas) da memória de Buenos Aires, Argentina

"Here he lived and was kidnapped": Affection and politics in the memory tile Buenos Aires, Argentina

Diego Benegas Loyo

Recebido em: 25.11.2015

Aceito em: 30.11.2015

Resumo: A intervenção política do terrorismo do Estado não se limita somente ao extermínio das pessoas mais também compreende a modelação de sujeitos. A subjetividade torna-se porem um campo de batalha entre projetos sociais enfrentados. Os mecanismos afetivos instalados pelo Estado terrorista tentam de reproduzir o seu modelo de cidadania. Para compreendê-los, pesquisamos o trabalho das pessoas que os desmantelam. Com suas práticas eles procuram reconstruir afetos e vínculos. Este artigo analisa a observação dos *Bairros pela Memória e Justiça*, um coletivo de organizações locais da Cidade de Buenos Aires, Argentina, que desde o ano 2006 instalam os chamados “pisos (calçadas) da memória” nas ruas da cidade. A sua fabricação coletiva e a sua instalação pública fazem parte de uma práxis humilde mais constante que lembra o passado e transforma o presente. **Palavras-chave:** Argentina, genocídio, violência, afeto, *habitus*, trauma

Esta experiencia, esta investigación, comenzó por insistencia. Una escena repetida todas las mañanas en una esquina de la ciudad, tarde o temprano terminó por interrogarme. Es la intersección de avenidas Callao y Corrientes, centro de la Ciudad de Buenos Aires, a cuerdas del Congreso de la Nación. El semáforo detiene a la pequeña multitud urbana que se va agrupando en la vereda; con mucha gente en la esquina, hay que moverse más allá. Cerca de un poste, una mirada al suelo devuelve un mensaje: “Aquí fue secuestrado Guillermo Pablo Jolly, militante popular,

detenido desaparecido, diciembre 1978, por el terrorismo de estado, Barrios x Memoria y Justicia”. Estamos en un lugar particular: allí, el Estado terrorista “desapareció” a una persona.

Colocar placas recordatorias es una práctica bastante difundida; son generalmente situadas en las paredes de edificios, muchas veces realizadas en metal o cerámico. No es tan frecuente que reemplacen las baldosas comunes de las veredas. Y es menos habitual que indiquen el preciso lugar de un secuestro. Sin embargo, las que nos interesan son aún más particulares. Las

baldosas de la memoria son placas de cemento, instaladas en veredas públicas con incrustaciones con los nombres de detenidos desaparecidos por el terrorismo de Estado durante la última dictadura militar de Argentina (1976-1983). Ése régimen se



Figura 1: Baldosa Guillermo Jolly, Callao y Corrientes. Fotografía del autor.

caracterizó por un plan sistemático de secuestro, tortura y exterminio, que dejó un saldo de miles de desaparecidos, cientos de niños secuestrados, aún no encontrados, y un número aún mayor de exiliados y presos políticos. Las baldosas constituyen una estrategia llevada adelante por organizaciones del movimiento de *Barrios x Memoria y Justicia*. Esta coalición de agrupaciones barriales comenzó en 2006 un trabajo de investigación, movilización, y articulación con diferentes actores sociales y políticos que se plasma en la construcción y colocación de baldosas en veredas o plazas de la ciudad. Estas organizaciones han publicado tres libros narrando, analizando y reflexionando sobre su hacer (BARRIOS, 2010; 2011; 2014). En ellos documentan nueve años de una práctica que evidencia los trazos del terrorismo de estado a la vez que interviene sobre ellos.

Terror y subjetividad

El terrorismo de Estado es una práctica social que actúa políticamente en multiplicidad de formas. No sólo se trata del exterminio masivo, el genocidio de un sector de la población, sino también de una estrategia de intervención que modela sujetos y lleva adelante una reconfiguración de la ciudadanía. Algunos autores estudian el genocidio como un modo de comportamiento social, cuestionando una cierta versión de éste como un evento único, fuera de la lógica de la vida social (FEIERSSTEIN, 2011; CALVEIRO, 1998; DUHALDE, 1983). Si bien los procesos genocidas no son generalizables a toda sociedad, sí están insertos en procesos mayores y se rigen por las grandes lógicas que atraviesan todo proceso social, político, y económico. Este trabajo es una apuesta metodológica que investiga los efectos psicosociales del genocidio por medio de observar la militancia postdictadura. A partir del trabajo de Barrios x Memoria y Justicia, intentamos iluminar aspectos subjetivos en su dimensión política. Nos enfocamos en esta intervención con la intención de captar efectos psicológico-políticos de largo plazo del terrorismo de Estado en ocasión de su desmantelamiento.

Un proceso genocida tiene una dimensión social, simbólica, pero también material, legal, económica, que trascienden con mucho el hecho de la muerte. De hecho, nunca un asesinato se trata solamente de la mera desaparición física. Por el contrario, los efectos subjetivos sobre los demás, los sobrevivientes, los testigos, y el resto de la comunidad son de importancia crucial. Esto no sólo en términos de afectación, sino de cómo la sociedad continúa después. Por el momento, aplazamos una distinción conceptual entre genocidio y terrorismo de estado hasta interrogar las formas de utilización de estos términos por los actores que recuperan y transforman estos conceptos en sus prácticas. En este sentido, nos interesa investigar el terrorismo de estado como una intervención

política cuyos efectos, además de económicos, legales y culturales, son también subjetivos.

Un nivel particular de la contienda política se libra en la subjetividad. Esto no es nuevo, como tampoco lo es que la dictadura argentina se haya dedicado específicamente a ese aspecto. La existencia de un “plan de operaciones psicológicas” (VAZQUEZ, 1985) muestra clara autoconciencia del nivel subjetivo de la intervención estatal terrorista. Esto establece la subjetividad como uno de los niveles que conciente y planificadamente fueron usados desde el estado terrorista como ámbito de su intervención, para imponer una cierta versión de ciudadanía. Sin embargo, no debemos limitar nuestro análisis de los aspectos subjetivos solamente a aquellos que están enunciados en estos planes. Los efectos del terrorismo de estado superan con mucho las intenciones explícitas de sus ejecutores; sus consecuencias son más amplias debido a la multiplicidad de actores involucrados; sus repercusiones son más complejas y contradictorias de lo que cualquiera de los agentes por separado podría incluso admitir. Por lo demás, los alcances subjetivos de un proceso social son más profundos y extendidos de lo que sus actores ambicionan concientemente o incluso de lo que podrían haber previsto. La subjetividad se muestra entonces como campo de batalla de proyectos sociales encontrados y sus formaciones son emergentes de complejos procesos sociales y políticos donde intervienen multiplicidad de actores. El desafío entonces es entender el lugar en que las subjetividades se insertan dentro de los procesos de la reproducción social y establecer la forma que esto adopta en una situación tan inusual como lo es un proceso estatal genocida.

Para interrogar el rol de la subjetividad en un proceso político se han ensayado distintas construcciones teóricas. Uno de los modelos más prometedores es el *habitus*. Pierre Bourdieu (2007) lo utiliza para explicar la mediación subjetiva de la reproducción social. Es decir, cómo es que

una sociedad se reproduce a sí misma a través de reproducir a sus miembros. En una sociedad estructurada por la distribución desigual de capital y oportunidades, la forma en que los sujetos incorporan esas diferencias y desarrollan su rol en la estructura social está inscrita en *habitus*. El *habitus* sería entonces la forma subjetiva de la estructuración objetiva de la sociedad. Ésta deja su impronta en el individuo, que comportándose adaptativamente, colabora en la reproducción de esa misma estructura social que lo constituyó. El *habitus* es entonces una descripción de cómo la sociedad construye silenciosamente las disposiciones individualizadas que servirán a su propia reproducción. A partir de esto, podemos extrapolar que como en la lógica del *habitus*, las subjetividades engendradas por el terrorismo de estado también están destinadas a reproducir las condiciones que las han forjado, ya que solo serán adaptativas para un cierto *status quo* si logran reproducir esas mismas condiciones en un futuro. Es decir, si el terrorismo de estado puede ser concebido como una estrategia de intervención subjetiva, debemos preguntarnos cómo es que consolida su intervención en los cuerpos y almas de sus destinatarios y cómo es que las subjetividades así constituidas trabajan, sin proponérselo y quizás en contra de sus intenciones, para reproducir las condiciones de su producción.

Para poder plantear un tal estado de cosas deberíamos pensar en efectos subjetivos que fueran más allá de la conciencia y de la voluntad de las personas. El concepto de *habitus* muestra uno de los caminos para pensar en procesos como este. Sin embargo, el tipo de intervención del terrorismo de estado se adecua de manera un tanto forzada a este concepto de Bourdieu. En su descripción, el *habitus* es invisible y silencioso por su misma naturaleza cotidiana; se trata de disposiciones que se adquieren casi imperceptiblemente, por la fuerza de la repetición y la costumbre. El terrorismo de estado, por el contrario, dista de caracterizarse por estos procedimientos

imperceptibles, microscópicos y repetitivos. En su espectacularidad, es tal vez, incluso lo contrario. También moldea subjetividades, pero se trata de una intervención masiva, radical y dramática. Y lejos de ser invisible, muestra su naturaleza de excepción, extraordinaria y fuera de toda cotidianeidad.

En este punto apelamos al concepto de *trauma*. Con el trauma podemos imaginar una intervención subjetiva que actúa de golpe y de manera excesiva, de formas que no disimulan su accionar sino que por el contrario lo exaltan y lo muestran. De hecho, como analizo en otro lugar (BENEGAS LOYO, 2011), el carácter “secreto” de las intervenciones del terrorismo de estado de la última dictadura argentina es una característica, de compleja producción, pero que no altera el carácter excepcional del procedimiento. Con el concepto de trauma podemos pensar efectos autorreproducidos, de largo plazo, del terrorismo de estado, a la vez fuera de la voluntad y de la conciencia. De esta manera se posibilita plantear el rol de la subjetividad como lugar de una batalla política por el control de las disposiciones que reproducirán la sociedad. Esto respondería la pregunta siempre presente por la existencia de efectos del terrorismo de estado a cuatro décadas de su instalación. La cuestión es cómo.

El siguiente problema es ya de orden metodológico, dado que si concebimos la subjetividad como sitio de una disputa política por el control de la reproducción de la sociedad, el desafío es rastrear hoy los efectos subjetivos del terrorismo de estado – a cuarenta años de su instalación. Evidentemente será una búsqueda indirecta y uno de los lugares privilegiados es en las intervenciones que responden a ellos. Precisamente por este motivo preguntamos a quienes trabajan en desarmar esa marca subjetiva del terrorismo de estado, construyendo afectos y vínculos de otra clase.

En lo que sigue, describo una práctica de intervención político-subjetiva para plantear hipótesis en relación con los efectos subjetivos del terrorismo de estado.

Pero no sólo para indagar hipotéticamente en qué puede haber sido afectada la sociedad, sino más bien algo que considero más urgente: relevar y analizar cuáles son las estrategias para desarmar estas marcas. Es decir, no sólo dónde nos dejó el genocidio, sino *cómo salimos de allí*. Estudiando estrategias dirigidas a desarmar los efectos subjetivos del terrorismo de estado, podemos apreciar cuáles secuelas aún perduran incrustadas en nuestra subjetividad social a la vez que evaluamos las posibilidades de ir más allá de ellas.

Baldosas

La práctica política de intervención afectiva que llamamos “baldosas de la memoria” tiene antecedentes en otras acciones emprendidas por el movimiento de derechos humanos, como los escraches, los juicios por crímenes de lesa humanidad y algunas otras manifestaciones callejeras (BENEGAS LOYO, 2011). También, aunque en otro sentido, se puede relacionar con otro tipo de instalación de memoriales, como placas o recordatorios. En su forma presente, estas baldosas de la memoria de la ciudad de Buenos Aires comienzan en 2006 y su construcción y colocación ha aumentado de forma que están en plena expansión en 2014. Se trata de una estrategia de trabajo de la ciudadanía a nivel de los barrios que tiene distintos momentos: investigación de datos biográficos de una persona detenida desaparecida o asesinada, localización de su vida en las calles del barrio, armado de redes sociales de conocidos y actores significativos en relación con ella, construcción colectiva de la baldosa entre aquellos implicados, allegados y organizaciones involucradas, marcación del lugar en acuerdo con la administración de la Ciudad y con los habitantes de la cuadra, y colocación de la baldosa en un acto público. Esta intervención lleva entre varios meses y varios años, es un proceso complejo, y tiene distintos niveles de significación, ya que apunta a reconstruir lazos afectivos entre familias, amigos y relaciones que se habían separado luego de la dic-

tadura, a transmitir un legado a otras generaciones y también a marcar en el espacio del barrio una memoria de los afectados por el terrorismo de estado, tornando presente un evento pasado y haciendo local, y barrial, un asunto nacional.

Los grupos que se identifican como *Barrios por memoria y justicia* comienzan a instalar baldosas en 2006, cuando se cumplen treinta años del golpe de estado y después que en 2005 la Corte Suprema de Justicia de la Nación fallara declarando inconstitucionales las leyes que impedían los procesos judiciales a los implicados en el terrorismo de Estado. En ese momento se constituyen grupos en varios barrios que inician esta praxis. El primer libro, que reporta el trabajo hasta el 2009, menciona el trabajo de nueve comisiones (BARRIOS, 2011). Para 2014, ya con comisiones en el conurbano de Buenos Aires suman el doble. En estos ocho años de trabajo, estos grupos han colocado aproximadamente 500 baldosas en distintas partes de la ciudad y alrededores y conforman una red que se apoya mutuamente, ya sea en la circulación de información, apoyos políticos, económicos y materiales, ya sea para asistir mutuamente en cuestiones técnicas, o bien para conseguir acuerdos con los gobiernos de la Ciudad o la Nación para publicar la documentación de su trabajo.

Desde 2012 hemos investigado esta práctica a través de diferentes formas de aproximación. Desplegamos para ello una metodología basada en la inmersión y que se inspira en el “dejarse afectar”, teorizado por Jeanne Favret-Saada (1977). Con esta propuesta que supera la llamada “observación participante”, tornamos el trabajo etnográfico en una participación que si bien se deja afectar, forma parte, y ocupa un lugar, nunca renuncia al intento de comprender (FAVRET-SAADA 2005). Esto tiene algunas determinaciones cruciales: tratándose de organizaciones políticas que llevan adelante una agenda explícita, no resulta viable, ni honesto, ningún intento por permanecer “afuera”, neutral y objetivo. Por tratarse de una indagación sobre

afectos, no tenía sentido la mera pregunta de entrevista que apunta a lo racional, consciente. De hecho, nuestra indagación incluye también entrevistas, grabación, filmación y registro de eventos, búsqueda de archivo y registro de los distintos espacios de la ciudad. Así, analizando la práctica por un lado, interrogamos también el artefacto: intentamos iluminar aspectos de estos objetos como cosas, es decir, desplegar la red de mediaciones por las que pasa el mundo antes de su constitución objetiva y subjetiva (LATOURET, 2007; INGOLD, 2000; 2008; LAZZARI, 2007; 2008). Este escrito intenta sistematizar algunas hipótesis producidas en este tiempo del trabajo de campo, específicamente en relación con lo que consideramos una intervención política que tiene lugar en lo subjetivo, pues es el nivel afectivo de esta intervención el que intentamos iluminar.

La fabricación de estas baldosas evidencia una práctica de ciudadanía que dista de ser espectacular. Por el contrario, aparece casi subterránea, no es confrontativa, no ocupa lugares centrales de la ciudad, está bastante alejada de los medios masivos de comunicación, y en general se desarrolla, uno podría decir, sin molestar a nadie. Por ejemplo, la colocación de la baldosa no requiere legalmente del consentimiento o permiso de los habitantes de un edificio o casa. Pero pese a esta posibilidad, el grupo busca el consenso. “Ellos van a tener la baldosa ahí en su casa, ¿para qué ir en contra?”, explica un compañero.

Por otra parte también es una práctica constante. Los participantes cuentan que desde que empezaron, nunca en ocho años ha habido una semana sin reunión. “Aunque sea viene uno ‘de guardia’, pero siempre venimos”, afirma una de las más antiguas participantes. Esta perseverancia resuena con otras prácticas del Movimiento Argentino de Derechos Humanos: la ronda de las Madres de Plaza de Mayo, todos los jueves a las 15:30 hs., la persistencia de los escraches de H.I.J.O.S., volviendo una y otra vez a marcar la impunidad de los genocidas en sus

domicilios, la insistente investigación de Abuelas de Plaza de Mayo, investigando por casi cuarenta años las rutas de los 400 niños apropiados. Toda una serie de trabajos cuyo impacto no es tanto de una acción singular, sino de la persistencia a pesar de los años, del clima, de las muchas frustraciones, la represión, y de los distintos gobiernos.

Las baldosas de la memoria existen porque hubo un genocidio. Estas instalaciones marcan los lugares donde el estado terrorista secuestró a alguien justamente porque eso sucedió allí. En ese sentido, dan cuenta, marcan, recuerdan, son un signo del paso del terrorismo de estado por la ciudad. Aunque por otro lado, si es necesario marcar esos lugares es porque falta una marca, es decir, las baldosas también materializan una existencia presente en tanto falta. Entonces, podemos hacer énfasis en la agencia de este movimiento – en cómo este grupo de personas se propuso y lleva adelante una empresa. Sin embargo, también podemos enfocarnos en lo que esta práctica política deja ver de un cierto estado de cosas sobre el que sus agentes pretenden incidir. De esta manera, podemos tomar esta práctica como una suerte de “remedio” social o de “terapéutica” política, si se me permite el término, ya que se basa en un diagnóstico del estado de la sociedad y de la creación de una intervención que pudiera cambiar ese estado de cosas. Si logramos entender los mecanismos de esta intervención política, al menos de su intencionalidad, eso nos dejaría vislumbrar el diagnóstico que los actores hacen de la situación social. Y si estas intervenciones tuvieran éxito en producir cambios sociales y subjetivos, entonces tendríamos que concederles no solamente un poder diagnóstico sino también de eficacia, no sólo política sino también afectiva. Veamos entonces qué se produce a lo largo del proceso de esta práctica de intervención política.

Fabricar

El proceso de las baldosas de la memoria consiste en distintas etapas: investigación, articulación, producción, colocación. El trabajo de *Barrios x Memoria y Justicia* comienza en las reuniones semanales, donde una docena de personas se reúne asiduamente. A veces, la demanda por una baldosa parte de los propios miembros del colectivo; en otras ocasiones, algún familiar de una persona desaparecida se acerca a la reunión a proponer, pedir, o sugerir un nombre. Comienza así una labor de investigación: se trata de encontrar información sobre una determinada persona, especialmente precisiones geográficas, los lugares donde vivió, donde estudió, donde militó. Aunque también se buscan datos sobre cómo fue secuestrada, en qué centro clandestino pudo haber estado y también las fechas de ese tránsito. Este trabajo de indagación de una historia personal, reconstruye a la vez la historia barrial, que se va tejiendo con cada nueva persona. A veces, en esta averiguación se encuentra que en un mismo edificio se desaparecieron o asesinaron varias personas en distintos años, ya sean relacionadas o no. Esto en sí mismo es ya una escritura, o reescritura, una arqueología de aquellas historias que la represión intentó borrar. Es en estas reuniones y charlas con familiares, amigos, allegados, donde se decide el lugar de emplazamiento de la baldosa. El lugar determina el texto y por eso se determina antes de su construcción. Algunas dicen “aquí fue secuestrado”, o “aquí fue asesinado”, pero otras, como las de los colegios, dicen “aquí estudiaron”. Algunas, como una frente a un gimnasio, “aquí se conocieron”. “Aquí militaron” dice una frente a lo que fue el local de un partido político.

En paralelo, el grupo lleva adelante otro trabajo, esta vez de articulación con las personas a quien decida involucrar, en general los vecinos y familiares, pero a veces otras organizaciones que puedan estar interesadas en participar: agrupaciones

políticas, profesionales, deportivas, o instituciones educativas.

Así se llega al día de la construcción de la baldosa. Barrios Flores-Floresta ha construido baldosas en el Ex Centro Clandestino de Detención *El Olimpo*, y Barrios Villa Crespo las construye en una plaza. Barrios Almagro las realiza típicamente en la calle, frente a la *Casona de Humahuaca*, un centro cultural donde todos los jueves realizan su reunión semanal. Sin embargo, en algunos casos se trasladan. Así sucede cuando se emprende un trabajo con colegios, o cuando trabajaron con H.I.J.O.S. (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) construyendo baldosas con los nombres de los padres de algunos de los miembros de este colectivo. La construcción es un momento importante y de alguna manera íntimo. La colocación suele ser más concurrida.

En la mayoría de los casos, la colocación se lleva a cabo en un acto público, y así como la producción, también convoca a diversos actores. El Estado, en distintas funciones y jurisdicciones, es uno de ellos. Por ejemplo, el 29 de Agosto de 2012, Barrios Almagro organizó la colocación de una baldosa en la central Avenida 9 de Julio para el diputado nacional Rodolfo Ortega Peña, asesinado en 1974 por la Triple A, la “Alianza Anticomunista Argentina” un grupo terrorista activo desde 1974 hasta 1976, cuando muchos de sus participantes se incorporaron a los “grupos de tareas” de los centros clandestinos de la dictadura (CALVEIRO, 1998, VEZZETTI, 2002, GONZÁLEZ JANZEN, 1986). Durante este evento, un funcionario de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires rompió el cemento de la plaza y, antes de terminar la colocación de la nueva baldosa, fijó cinta con el color amarillo de la administración del Gobierno de la Ciudad para preservar la baldosa de algún transeúnte desprevenido.



Figura 2: Construcción de la baldosa de Juana Armelín y José Ríos, frente a la Casona de Humahuaca, 10 de mayo 2014. Fotografía del autor.

Barrios Balvanera realizó la colocación de la baldosa de José Luis D’Alessio, en Tucumán y Ayacucho, donde vivió. Esto fue, a decir de la gente de Barrios, un “mega-evento”. Y quizás haya sido uno de los más grandes que probablemente se realicen, afirmaron comentando esa actividad. La baldosa fue armada por familiares, amigos y vecinos y fue colocada en un acto público que duró todo un domingo, 4 de diciembre, verano de 2011. Este evento fue organizado por Barrios Balvanera y por H.I.J.O.S. Capital; tomaron la calle, cortando el tránsito vehicular en esa cuadra, instalaron un escenario y proyectaron un video que narra y muestra la propia construcción de la baldosa, junto con testimonios sobre la vida de D’Alessio, también hubo distintos discursos y un recital de música (BULLENTINI, 2011). La Secretaría de Derechos Humanos de la Nación proveyó equipos, escenario, y, por supuesto, la legitimación que otorga el auspicio del Estado Nacional. Sin embargo, la mayoría de las colocaciones son menos concurridas, más breves, y no participan tantos agentes gubernamentales, en algunas, de acuerdo a la difusión, el clima o la persona, pueden ser muy pocos. Sin embargo, el número de personas presentes en la colocación aparece como secundario frente a otras características de la intervención. Su impacto no depende de la masividad.



Figura 3 - Acto de colocación de la baldosa de José Luis D'Alessio, en Tucumán 1891, el 4 de diciembre 2011. Fotografía del autor.

Se trata en realidad de una intervención que tiene varios niveles y mecanismos. Una forma de entender el trabajo subjetivo que se produce en estos eventos es a través del concepto de “liminalidad”, que ha sido teorizado a partir de la investigación de los espacios rituales, especialmente en los ritos de pasaje (VAN GENNEP, 1986). Como los teoriza Victor Turner (1991), un espacio liminal es un lugar particular, creado en las ceremonias de pasaje. Este lugar tiene una dimensión que sólo se despliega durante el ritual. Es un espacio potencial, que se abre en un momento determinado y que tiene la particularidad de producir cambios subjetivos en aquellos que ingresan en él. Richard Schechner (1985) por su parte compara estos espacios con el trabajo subjetivo de algunas producciones teatrales; su intención es explicar cómo es que el público puede ser llevado, en algunas obras o performances, a experimentar cambios subjetivos que trascienden la sala. Nosotros proponemos que un mecanismo de ese tipo está en juego en estos eventos.

Quizás la fabricación de la baldosa sea el momento en que se aprecia más claramente este trabajo subjetivo. En la fabricación participan principalmente familiares y amigos. Ocasionalmente alguna persona más puede sumarse, pero el evento es menos numeroso y hasta más íntimo que la colocación. La agrupación invita a los participantes a realizar la confección ellos

mismos, a ayudar con sus manos en la fabricación. El grupo provee la experticia sobre el material y ciertos criterios estilísticos y técnicos, por ejemplo, sobre los tiempos de fraguado, la forma en que se debe conformar la baldosa para que no se quiebre, para que luzca homogénea con las demás, para que las palabras puedan leerse; es decir, el andamiaje sobre cómo se comienza, como se continúa y cómo se termina la fabricación. Aunque no es un requisito imprescindible, es evidente cómo el grupo anima a los familiares y amigos a producirla ellos mismos. Es una frase escuchada a menudo “¿y cómo hacen la baldosa?” preguntará un familiar, y la respuesta no se hará esperar “No, *ustedes* hacen la baldosa”. Así se marca que los familiares o interesados están invitados a participar corporalmente armando con sus propias manos este objeto material.

Por supuesto, es necesario acotar ese “ustedes hacen”. La agrupación tiene ciertos criterios de procedimiento, formato, estilo y color que cada grupo sigue. Debido a esto por ejemplo, es posible hasta cierto punto reconocer cuál baldosa corresponde a qué barrio: Almagro y Zona Norte utilizan verde, Palermo y Villa Crespo utilizan rojo, Chacarita-Colegiales está utilizando azul – aunque también se ha fabricado alguna en negro. También es posible reconocer aproximadamente a qué época corresponden las baldosas ya que el estilo y el formato han ido cambiando, las primeras no tenían tantas incrustaciones ni tantos colores como las actuales. Y a pesar que casi todos los grupos proceden primero con el cemento y luego las letras, algunos colocan las letras y luego vacían sobre ellas el cemento. Sin embargo, dentro de ese marco estilístico, el grupo se preocupa por que familiares y amigos participen activamente en la construcción. Es decir, que tomen la cuchara, que llenen el cemento, que alisen las superficies, y que coloquen las letras u otras incrustaciones. Que a veces pueden ser muy personales, como caracoles, o una medalla, o su reloj.

Escribir

De todo el proceso de fabricación, la colocación de las letras que conforman el nombre de la persona desaparecida es una instancia casi exclusivamente reservada a los familiares. En una ocasión, por ejemplo, la hija de una persona desaparecida se demoró en llegar, pero avisó que ya estaba cerca, con lo cual, el grupo comenzó con otra baldosa, que también se construía simultáneamente: los familiares y amigos de una también trabajaban en la otra. Todos intentaron demorar este proceso, en la medida en que el tiempo de fraguado lo permitía: haciendo mezcla más líquida, comenzando después con esa baldosa, pero poco a poco fue quedando casi terminada. El texto se completó casi todo; sin embargo, las letras del nombre fueron demoradas hasta que llegó la hija, único familiar de esa persona. Entonces ella fue quien las completó. Para los miembros de Barrios, no es imprescindible, pero sí es muy importante que los familiares sean quienes coloquen incrustaciones, preparen la mezcla, y sobre todo, que sean ellos quienes escriban el nombre de su familiar desaparecido.



Figura 4 - Escritura del nombre de Marta Esain para baldosa alumnas, en Escuela de Cerámica, 16 de octubre 2013. Fotografía cortesía Barrios x Memoria y Justicia Almagro. Fotografía del autor.

Durante la colocación de las letras del nombre se produce un momento de particular intensidad afectiva. Observemos un momento que si bien es particular, no es sin embargo infrecuente. En ese caso una baldosa que se realizó con un colegio: dos

baldosas con los nombres de nueve alumnas detenidas desaparecidas o asesinadas. Era un día de lluvia por lo que se confeccionó en un pequeño garaje. Como es costumbre cuando Barrios construye baldosas con escuelas, mucha parte del trabajo la realizan los alumnos. Sin embargo, al llegar al momento de colocar las letras de los nombres, a viva voz un miembro del grupo llama a los familiares de cada una, “¿hay algún familiar de X?” El garaje es pequeño y el grupo, numeroso, pero en medio de ese amontonamiento, un miembro del grupo le da unas letras a un hombre de unos 30 años. Pegadas con cinta transparente, las letras forman el nombre de su tía: “Guárdalo así lo ponés vos.” Él, el *sobrino*, no es parte del colegio ni de Barrios, asiste sólo para esta ocasión, y hasta ese momento había estado conversando con los demás, un poco más afuera, ya que eran los adolescentes quienes, guiados por una o dos personas de Barrios, trabajaban con el cemento y las letras. Cuando es momento de colocar las letras, desde adentro llaman el nombre de su tía y así lo llaman a él. Entonces al acercarse a la baldosa, su actitud cambia, está serio y se toma el tiempo para colocar cada una de las letras. Él había traído algunos pequeños vidrios de colores para incrustar y así lo hace. Mientras coloca cada letra, no desvía la mirada ni interactúa con nadie, y está por momentos con los ojos cerrados. Para esta persona, ése es un momento íntimo, quizás trascendente. Parece funcionar como tal más allá del bullicio de los adolescentes que continúan ruidosamente con otras tareas, conversando y compartiendo el mate. El *sobrino* termina de colocar el nombre, permanece unos minutos inmóvil con los ojos cerrados y luego otro tanto mirando fijamente el nombre de su tía que acaba de colocar en el cemento verde. Luego sale del garaje notoriamente emocionado. La expresión de su rostro va volviendo gradualmente a la anterior, acepta un mate y vuelve a integrarse al grupo “de afuera,” entrando nuevamente en conversación con el resto sobre temas cotidianos.

Visiblemente, para esta persona se produjo allí en una instancia particular. Un momento compartido con los alumnos de hoy, pero también un instante íntimo de algo que quizás podríamos llamar un “contacto espiritual.” Ese intervalo sucedió gracias al dispositivo de la construcción colectiva de la baldosa. Por ello podemos decir que el dispositivo de la baldosa de la memoria potenció esta intimidad pública y colectiva y propició una conexión espiritual que fue individual pero en un marco grupal.

La escuela y los alumnos son un caso especial que merece una discusión en otro lugar. Aquí tan sólo asimilaremos la relación de los alumnos de hoy con los alumnos de ayer a la de los vecinos de hoy con los vecinos de ayer. Estos dos grupos de personas, los de ayer y los de hoy, pueden encontrarse gracias al despliegue de ese espacio potencial en esa zona liminal donde se juntan dos dimensiones temporales dispares. Los desaparecidos se hacen presentes por medio del evento y los vecinos o los alumnos comparten ese momento con los familiares. En ese compartir el momento también comparten la conexión con los desaparecidos. Y tal como sucedió con el breve momento del sobrino con el nombre de su tía, la construcción de la baldosa también llega a su fin.

Salir

Una vez concluida la baldosa, el fin de ese momento especial y de alguna manera mágico estará marcado por alguna acción del grupo como un todo, muchas veces aplausos, alguna vez un discurso, lectura o poema, o el grito “Treinta mil compañeros detenidos desaparecidos... ¡presente!” Estas acciones marcarán el cerramiento de ese espacio virtual. Con el proceso de limpiado y puesta en orden, algo de esa sustancia trascendente permanece a partir de allí encarnado en la materialidad de la baldosa.

Cada uno vuelve a sus cosas, pero la baldosa ha nacido como una producción de “entre todos”, en la que muchos han

puesto sus manos. Quizás por esto, al terminar la fabricación de la baldosa por Beatriz Perossio, presidenta de APBA, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, el grupo de amigos y colegas que la estaba armando decidió sacar una foto de la baldosa terminada donde también estuvieran todas las manos de los que allí trabajaron. La intención de señalar que fue una producción grupal ilumina la importancia que dan no sólo Barrios sino las personas que con ellos colaboran a la participación activa: a tocar, poner, “meter mano”, trabajar con estos materiales, para que la producción sea verdaderamente colectiva y que cada uno pueda reconocer que hizo una parte.



Figura 5 - Conclusión de la baldosa de Beatriz Perossio, el 19 de octubre 2013, Casona de Humahuaca. Fotografía Cortesía Barrios x Memoria y Justicia Almagro.

Quizás allí encontremos las claves de la acción subjetiva del terrorismo de estado por la vía de su solución. Es necesario *hacer algo entre todos*. Es necesario *dejar las marcas* de algo construido entre todos. Un hacer, entre todos, dejando una marca, y en que esa marca esté *identificada*. Si esta praxis insiste en el hacer es porque el estado terrorista impulsó *un no hacer*, la inacción, y la pasividad, impulsando la delegación en el estado, las instituciones y en última instancia, las fuerzas armadas el poder de intervenir sobre la realidad. Si estas prácticas insisten en un hacer en común, es porque el estado terrorista impulsó la *acción individual* y fuera

del colectivo y castigó las asociaciones y la solidaridad. Y si esta labor persiste en un reconocerse en la tarea, es porque el estado terrorista potenció el *anonimato* y el borramiento de la responsabilidad en las acciones. *Un hacer, colectivo, identificado*: la intervención político afectiva de las baldosas de la memoria deja entrever algunas coordenadas de la acción subjetiva del estado terrorista. Pero principalmente muestra una propuesta, un ensayo de solución, un intento de cambio social profundo.

Interpelación

Luego de la colocación, los caminantes interactúan con la baldosa, como en la viñeta que comienza nuestro escrito. Algunos transeúntes se detienen y la leen, y hemos observado personas que comentan con sus compañeros; en una ocasión una madre diciéndole a sus hijos de qué se trataba, en otro caso dos personas al parecer amigas que conversaban sobre eso. También hemos sido testigo de personas que criticaban esta práctica “esto es todo mentira” dijo una persona que se me acercó mientras yo leía una baldosa, aunque no dio mayores explicaciones sobre “qué” en el texto era lo que era mentira. En algunas ocasiones ha habido algún vandalismo, solo dos oportunidades que se haya registrado en los años de experiencia de todas las organizaciones. En una de esas circunstancias, se había escrito toda la vereda donde estaba la baldosa; así, el daño en la baldosa en sí era mínimo aunque el grafiti en toda la vereda ciertamente interactuaba cambiando de alguna manera la significación del texto. Más común es el deterioro de las baldosas por el propio desgaste y uso de la vereda y por el clima. Sin embargo, además, los familiares y vecinos interactúan con la baldosa una vez colocada. Siempre se reciben mensajes de algún vecino o transeúnte, “avísales que a la baldosa de calle Corrientes se le salieron unos vidriecitos”, dice un vecino que así opina que hay que cuidar o restaurar una baldosa.

Una persona cuya hija había sido desaparecida decía que antes no podía pasar por la esquina, mientras que luego de la colocación pasa frecuentemente y la limpia. Otra persona atestiguaba que no le gusta ir al cementerio, pero que sí pasa por esa esquina por ver la baldosa y que “le pasa un trapo.”



Figura 6 - Baldosa de Hugo Miedan, terminada de colocar, en Díaz Vélez 3850, el 21 de diciembre 2013. Fotografía del autor.

En tanto interactúa con los usuarios y habitantes de la ciudad, éstos hacen uso de la baldosa en sus recorridos habituales. Ella interpela específicamente a aquel que camina la ciudad. Es decir, en tanto estoy parado en el lugar donde fue secuestrada esta persona, el mensaje escrito *me* dice que estoy ocupando su lugar. Cuando leo bajo mis pies “en este lugar fue secuestrado...”, yo, el caminante, devengo en parte ese alguien. Esta persona estaba parada en este lugar igual que yo. La gente de Barrios dice que la baldosa “interpela al peatón”. Interpretamos que ésta es la forma en que lo hace. La baldosa constituye al caminante en una suerte de heredero, es decir, el que ocupa el lugar de otro. Una forma de entender este procedimiento es como una unión de dos escenas, donde una remite a la otra. Se trata de diferentes temporalidades y espacialidades (MAIA, 2000; VASCONCELOS, 2005). El mensaje colapsa el espacio terrorífico pasado con el espacio actual cotidiano de la calle que transitamos hoy. Esta interpelación aproxima el espacio ominoso de los cam-

pos de concentración al pulso cotidiano de la ciudad vivida.

Es decir, al establecer una equivalencia, la baldosa desdobra y unifica. Desdobra el espacio vivido en una multiplicidad de capas de historia política. Al hacer existir un espacio pasado a la vez y en el mismo lugar del espacio cotidiano, este instrumento de intervención callejera crea una zona particular, donde pasado y presente se comunican. Este proceso guarda semejanzas con la marcación de espacios rituales, pues el nombre y el asesinato evocan la presencia fantasmática del ausente. El proceso de materialización que sucedió en la fabricación, parece continuarse en su interacción con el caminante. Como en los lugares sagrados, esta táctica modifica un pequeño espacio de la ciudad, le agrega contenido – mejor dicho, lo *sacraliza*. Este proceso recuerda la *liminalidad* de los espacios rituales. Proponemos que algo de este mecanismo está en juego en estas baldosas: hay una direccionalidad de este pequeño objeto de memoria hacia el cambio subjetivo del caminante.

Ahora bien, no cambia de repente la significación de toda la ciudad. Muy por el contrario, esto es micropolítica. En un procedimiento *indiciario*, porque indica, señala la presencia de otro espacio. En un mismo movimiento, también operan estas instalaciones sobre la historia pasada que actualizan. Al tiempo que politiza nuestro caminar cotidiano, también hace cotidiano un asesinato político. La baldosa, al citarla y reescribirla, nos acerca una parte de una historia terrorífica. Por eso, el hecho de que los transeúntes caminen sobre ella, en realidad trae la historia del terrorismo de estado a la vida cotidiana.

Las baldosas son una táctica territorial y descentralizada, al igual que escraches, piquetes. Forman parte de una estrategia que evita los espacios centrales de la ciudad y que se multiplica en esquinas y calles laterales. Las baldosas se distribuyen por los barrios siguiendo la geografía de los grupos locales que las producen, las publicitan, colocan, y mantienen. Intervie-

nen así en las grandes luchas por definir y transformar la conciencia nacional de la Argentina contemporánea, pero desde el llano, desde el suelo.

La ciudad material

Son varias las maneras en que estas baldosas producen memoria. En primer lugar, estas instalaciones recuerdan y llaman la atención sobre un aspecto particular de la historia. En este sentido actúan como un cartel o letrero que se fija en un lugar para ser leído. Sin embargo, la baldosa está ahí en el suelo, y se ofrece para caminar sobre ella. A la vez forma parte de la ciudad, y se ofrece a un tipo de interacción distinto al de un cartel. Es una parte de la ciudad vivida (LEFEBVRE, 1994), y se integra a ella no solamente como un elemento ornamental, para ser visto o admirado, sino también para ser usado, y compartirá la suerte de las otras baldosas de la vereda. Como bien lo señalan algunos de sus críticos, está expuesta a la intemperie y la suciedad urbana y también a ser atacada. Puesto que constituye el suelo de la ciudad, la materialidad le otorga acceso a todas sus contradicciones y conflictos, es decir, la multivocidad, la exposición a distintos usos, y su pertenencia a un conjunto mayor.

Esta forma de construcción del espacio público tiene un estatus que parece estar a mitad de camino entre el monumento y el mural. A diferencia del monumento, la baldosa no encarna la voz del Estado, representante simbólico de una opinión consensuada o hegemónica, y por esto capaz de escribir la historia oficial. La baldosa está firmada por una agrupación, que si bien es colectiva, representa un sector particular de la sociedad, que, a diferencia del estado, no se erige en representación del todo. Estas tácticas de memoria colectiva han construido consensos suscitando adhesión de diversos sectores y también múltiples aliados dentro del estado a distintos niveles, pero no han llegado, al menos hasta ahora, a constituirse en hegemónicas. Todavía siguen necesitando

del trabajo de base constante y en red para sumar voluntades y construir un cierto espacio de poder colectivo que las haga posible. Están muy lejos del espacio simbólico que podría significar un monumento estatal, que funciona como la voz indiscutida del estado, representando a la sociedad ante sí misma.

Sin embargo, si bien estas baldosas no representan la voluntad oficial ni hegemónica, tampoco son una actividad radicalizada, ni ilegal, ni contestataria: no son murales, ni mucho menos grafiti. Distan bastante, por ejemplo, de otras formas de trabajo barrial como los escraches (BENEGAS LOYO, 2013). La instalación de estas construcciones, por el tiempo que demanda y el tipo de intervención constructiva urbana que implica, necesita una cierta cuota de legitimación mayor de la necesaria para un mural. Ni qué decir de la comparación con el grafiti, que da voz a una opinión contestataria, y que no requiere de otro elemento que pintura y la ocasión propicia. La baldosa sin embargo demanda a veces interrumpir el tránsito, tramitar permisos municipales, avisar a los vecinos, y en su colocación participan muchos actores y eventualmente el estado nacional y local.

Lo cierto es que una vez colocadas, estas inscripciones se insertan en la cotidianeidad del espacio urbano, un espacio que es utilizado, construido y “gastado” por los caminantes, quienes usan, transitan, y habitan la ciudad pública. Por eso, es acertado entender que estas inscripciones están expuestas al clima, al uso, a la buena o mala intención de quienes las usan. Así lo señalan los miembros de Barrios x Memoria y Justicia, que cuentan cómo aprendieron a elegir lugares evitando los de alto tránsito, para que las baldosas no se rompieran demasiado rápido (BARRIOS, 2011, p.21). Pero esto va aún más allá, pues también está expuesta a todas las otras formas de interacción y a los mismos conflictos por los sentidos y usos del espacio al que están sujetas todas las otras construcciones. Así como el resto de la

ciudad y sus construcciones, las baldosas también son objeto de admiración, observación, y también de afecto, pues los habitantes de la ciudad nos relacionamos con ella con todo nuestro ser.

Límites

La colocación de baldosas recordando a los desaparecidos por el terrorismo de estado ha generado fuertes controversias de muy distinta índole. Primero hay un conflicto por la interpretación de la identidad de los desaparecidos, principalmente con aquellos sectores que aún reivindican el genocidio, probablemente éste sea el origen de que algunas baldosas han sido dañadas intencionalmente (BARRIOS, 2011). Luego también existe la discusión con aquellos sectores que sostienen la llamada “teoría de los dos demonios”, es decir, la explicación del terrorismo de estado como una contienda entre dos bandos equivalentes (VEZZETTI, 2002). Pero más allá de estas, que son las disputas más grandes, esta táctica es igualmente polémica al interior del movimiento de derechos humanos, donde del mismo modo se disputan los sentidos de la memoria de los desaparecidos. Se discute dónde colocarlas, se discute el texto, se discute la ocasión, en algunos casos argumentando que de esa manera el nombre de los desaparecidos está expuesto a los ataques de los transeúntes, e incluso algunas organizaciones están en contra de cualquier singularización de los desaparecidos (GORINI, 2008). Sin embargo, más allá de la objeción política e ideológica de esta opinión, esta advertencia señala a la vez una dimensión teórica importante, si bien relativa a un aspecto más mundano de estos objetos: su materialidad.

Las baldosas enfrentan numerosos problemas. Distintas de los carteles y placas de las paredes, estas baldosas en el suelo de la vereda no llaman la atención de todos los transeúntes de toda la calle, sino sólo de aquellos que pasan muy cerca o incluso los que caminan directamente sobre ellas. Entonces su nivel de visibilidad

es aún más circunscripto. Sin embargo, probablemente el mayor límite que puede tener esta estrategia es olvido. Es decir, como límite a la potencia política de esta práctica de memoria, su habilidad para incorporarse rápidamente a la ciudad construida sea a la vez su potencia y su límite. Al ingresar velozmente al contexto de la ciudad, estas placas se vuelven rápidamente una de las tantas inscripciones de una ciudad ya muy inscripta.

Otro cuestionamiento, a veces presentado en voz de los familiares, es la posibilidad de que una baldosa sea un recuerdo de la muerte, un obituario. Es decir, si se señala a una persona como desaparecida por el terrorismo de estado, se definiría una vida por el accionar represivo en desmedro de aquellas cosas que la persona haya hecho en su vida. Esto es una preocupación en el colectivo, y según parece, vuelve de tiempo en tiempo a constituir un tema de discusión.



Figura 7 - Colocación baldosa de Carlos Flores Guerra, en 33 Orientales 650, el 5 de abril 2014. Fotografía del autor.

Pero hay otra dificultad que deben esquivar estas instalaciones: el constituir un punto de llegada. Probablemente lo más riesgoso de esta táctica sea el proveer una suerte de “solución” al asunto abierto, doloroso, y controversial de los detenidos-desaparecidos por el terrorismo de estado. Así entendemos una de las advertencias de quienes se oponen a este tipo de táctica de memoria: la posibilidad de inmovilizar, de aquietar el malestar que provoca la injusti-

cia con algo que pueda tener toda la apariencia de un punto de llegada. Este es un peligro de “monumentalizar” la lucha por el respeto de los derechos humanos.

Pero la desmovilización no es en sí misma inherente a la producción de monumentos y recordatorios. Quizás la posibilidad de seguir exigiendo justicia se juegue en otros espacios, en otras arenas. Las baldosas simplemente agregan un elemento más a esta disputa: un elemento que testimonia y materializa la injusticia y que recuerda no solamente que ayer hubo quien murió, sino también que hoy hay muchos que continúan una práctica microscópica, constante, y solidaria que recoge esas historias privadas y las vuelve historia de todos.

Este proceso de materialización y marcación de la ciudad es completamente contemporáneo con los juicios por delitos de lesa humanidad cometidos durante el terrorismo de Estado. Y por ello es imposible evitar la sensación de esta producción como la producción de evidencia, ya que una y otra son en este caso contemporáneas e implican en ocasiones a los mismos actores. Por otro lado, parece que el proceso de justicia y de reconstrucción de la historia no se termina en los tribunales, cuya justicia aparece como un gran logro y aún así, parece escasa ante la necesidad de materializar la dimensión de la desaparición.

El terrorismo de Estado intervino no sólo asesinando sino también modelando subjetividad. Las baldosas de la memoria nos muestran una praxis humilde pero constante que recuerda el pasado y transforma el presente. Despliegan una intervención que apunta a cambios subjetivos con direccionalidad política. Ese “hacer entre todos” reconstruye redes y potencia agencias locales, regenera lazos e inventa espacios compartidos. Un trabajo concreto de cemento y arena, y un jugar colectivo de colores y formas, entrelaza generaciones, historias, e imágenes: acontecimientos liminales que transforman a los participantes, exorcizan el dolor y po-

tencian juego, alegría y creación. *Un trabajo compartido que deja huellas subjetivas*. Una práctica de transformación colectiva que desmantela subjetividad dictatorial para construir nuevos senderos para caminar juntos. Es la intención de construir senderos lo que vuelve esta práctica hacia el futuro, e indica su sentido de mensaje hacia los que vendrán.

Referencias

BARRIOS x Memoria y Justicia. *Baldosas x la memoria I*. Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria, 2011.

BARRIOS x Memoria y Justicia. *Baldosas x la memoria II*. Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria, 2010.

BARRIOS x Memoria y Justicia. *Baldosas x la memoria III*. Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria, 2014.

BENEGAS LOYO, Diego. "‘If There’s No Justice...’ Trauma and Identity in Post Dictatorship Argentina". *Performance Research*, Londres, v.16, n.1, p.20-30, 2011.

BENEGAS LOYO, Diego. "Trabajar el barrio: el escrache como intervención cultural". *Acta Sociológica*, México, v.60, p.79-101, 2013.

BOURDIEU, Pierre. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

BULLENTINI, Ailín. "Un homenaje para romper el silencio". *Página 12*, 5 diciembre 2011. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-182678-2011-12-05.html>. [consultado el 26 de noviembre 2015]

CALVEIRO, Pilar. *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 1998.

DUHALDE, Eduardo Luis. *El Estado Terrorista Argentino*. Buenos Aires: El Caballito, 1983.

FAVRET-SAADA, Jeanne. "Ser afetado". *Cadernos de campo*, São Paulo, v.13, p.155-161, 2005.

FAVRET-SAADA, Jeanne. *Les Mots, la Mort, les Sorts*. Paris: Gallimard, 1977.

FEIERSTEIN, Daniel. *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.

GONZÁLEZ JANZEN, Ignacio. *La Triple A*. Buenos Aires: Contrapunto, 1986.

GORINI, Ulises. *La otra lucha: historia de las Madres de Plaza de Mayo, Tomo II (1983-1986)*. Buenos Aires: Norma, 2008.

INGOLD, Tim. "Bindings against boundaries: entanglements of life in an open world". *Environment and Planning* n.40, p.1796-1810, 2008.

INGOLD, Tim. *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. New York: Routledge, 2000.

LATOUR, Bruno. *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

LAZZARI, Axel. "La repatriación de los restos de Mariano Rosas: disputas y paradojas en el reconocimiento multicultural de los ranqueles". *Estudios de Antropología Social* v.1, n.1, p.35-63, 2008.

LAZZARI, Axel. "Ya no más cuerpos muertos: mediación e interrupción en el reconocimiento ranquel". *E-misférica Performance and Politics in the Americas*, New York, v.4, p.2, 2007. Hemispheric Institute of Performance & Politics, New York University. Disponible en http://hemisphericinstitute.org/journal/4.2/eng/en42_pg_lazzari.html. [consultado el 26 de noviembre 2015].

LEFEBVRE, Henri. *The Production of Space*. Tr. Donald Nicholson-Smith. Oxford: Blackwell, 1994.

MAIA, Rui Leandro. "Espaços de vivência e diferentes concepções do tempo: um discurso entre a sociologia e a história". *Antropológicas*, Porto, n.4, p.75-98, 2000.

SCHECHNER, Richard. *Between Theater & Anthropology*. Philadelphia: University Pennsylvania Press, 1985.

TURNER, Victor. *The Ritual Process: structure and Anti-Structure*. Ithaca, New York: Cornell University Press, 1991.

VAN GENNEP, Arnold. *Los ritos de paso*. España: Taurus, 1986.

VASCONCELOS, Luísa. "Expressions of Identity in the Reconstruction of Spaces

and Citizenship". *Antropológicas*, Porto, n.9, p.15-25, 2005.

VAZQUEZ, Enrique. *PRN, La Última: Origen, apogeo y caída de la dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba, 1985.

VEZZETTI, Hugo. *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

Abstract: The political intervention of State terrorism is not only the mere extermination but also the modeling of subjects. Subjectivity becomes a battlefield for conflicting social projects. The affective mechanisms installed by the terrorist State aim to reproduce its model of citizenship. To understand these mechanisms, we look at those who aim to dismantle them. In this article, I analyze the work of *Neighborhoods for Justice and Memory*, a Buenos Aires coalition of organizations who since 2006 install the "tiles of memory" in city sidewalks. Their intervention process extends from events of collective construction to those of public installation and together they form a humble but persistent praxis that remembers the past and transforms the present. **Keywords:** Argentina, genocide, violence, affect, *habitus*, trauma

Resumen: El terrorismo de Estado interviene políticamente no sólo a través del exterminio sino también modelando sujetos. La subjetividad deviene campo de batalla de proyectos sociales encontrados. Los mecanismos afectivos instalados por el Estado terrorista tienden a reproducir su modelo de ciudadanía. Para entenderlos, preguntamos a quienes trabajan en desarmarlos, reconstruyendo afectos y vínculos. Observo Barrios por Memoria y Justicia, un colectivo de organizaciones barriales de Buenos Aires que desde 2006 instalan en las veredas las "baldozas de la memoria". Fabricación colectiva y colocación pública forman parte de una praxis humilde pero constante que recuerda el pasado y transforma el presente. **Palabras clave:** Argentina, genocidio, ciudadanía, afecto, *habitus*, trauma

